

Artículo

Los bibliotecarios y bibliotecarias tristes

Ana Valdés Menor / Técnico Medio de Bibliotecas



La pandemia ha arrasado con todo. También con mucha de la alegría de los bibliotecarios e inevitablemente de sus bibliotecas, porque ya sabemos que los espacios, sin los profesionales, no son nada.

Dos años han sido suficientes para derribar el trabajo conseguido durante décadas. Bibliotecas que han peleado por incrementar los préstamos, hacer crecer los índices lectores y sobre todo tener sus salas llenas, y que ahora se encuentran con lugares realmente silenciosos, justo lo contrario de lo que se supone que han de ser las bibliotecas del S. XXI.

Desde que el aislamiento social, preventivo y obligatorio por la expansión de la Pandemia COVID -19 se hizo vigente, a partir de un decreto presidencial en nuestro país el 20 de marzo de 2020, las bibliotecas, como todas las instituciones, cerraron sus puertas para el cuidado de las comunidades y del propio personal.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) ya lo advirtió a mediados de mayo de 2020 y el tiempo le está dando la razón. La crisis del coronavirus y sus consecuencias están afectando a la salud mental de muchas perso-

nas, convirtiéndose en el origen de nuevos problemas psicológicos, sociales y neurocientíficos.

“Esta pandemia nos está quitando uno de los regalos más preciados de la vida: la alegría”, sentenciaba Guadalupe Gómez, experta en neurociencia y psicología positiva. Lo que yo no llegaba a pensar es que esta pandemia iba a quitarle vida a las bibliotecas y, por ende, a sus profesionales. Pero es así, y por varios motivos que he podido constatar que son comunes en todas las bibliotecas de España:

* Porque desde marzo de

Artículo

2020 han nacido muchos niños y niñas que no han pisado una biblioteca o apenas conocen qué lugar es aquel que resulta esencial para hacer el camino hacia la lectura más agradable y productivo. Los bebés que cuentan ahora con apenas dos años no han ido a las bibliotecas a gatear entre cuentos y balbucear sus primeras palabras señalando dibujos. Y este es un tiempo precioso perdido para iniciar a nuevos lectores.

* Porque, por el contrario, el grupo de mayores que se acercaban a nuestros lugares de trabajo (y disfrute) se ha visto reducido por la propia pandemia. Una parte —en algunos casos importante— de los usuarios habituales de más edad que utilizaban los servicios de prensa a diario, han muerto por este virus que nos pilló desprevenidos y esto ha hecho enristecernos por las ausencias pero además ha infundido miedo al resto de la población que pertenece al sector de la tercera edad y que ha preferido quedarse en casa en lugar de acudir a lugares de encuentro, a pesar de las medidas de seguridad e higiene (en algunos casos extremas) que se han impuesto en las bibliotecas.

* Porque, las bibliotecas, en general, se han vaciado de niños y niñas que acudían para realizar sus trabajos, elegir lecturas junto a sus padres y madres, pasar un rato en estas tardes de invierno con nosotros simplemente porque les resultaba

un lugar agradable... Ya no hay “jaleo” en las salas infantiles. Como mucho, acuden para llevarse las lecturas a casa y pasan el tiempo imprescindible en nuestras instalaciones, que siguen deseosas de gente.

* Porque, otra vez, las bibliotecas se han visto inundadas de estudiantes, pues son el colectivo que menos reglas necesita para utilizar las bibliotecas: distancia, mascarilla y gel hidroalcohólico, pero no necesitan acceder a los fondos, ni compartir actividades mermadas por los aforos, ni comunicarse con otros usuarios... eso ha supuesto, además, que han invadido en algunos casos las secciones dedicadas a otros usuarios (prensa, zona infantil...), puesto que al estar vacías por falta de público, se ha decidido acoger a más estudiantes. Eso convierte las bibliotecas en lugares muy silenciosos y poco útiles, alejándonos de los verdaderos objetivos de las bibliotecas actuales.

* Porque, por motivos obvios, se tuvieron que suspender los encuentros con los clubs de lectura, y muchos de los lectores, ahora que se retoman las actividades, no han vuelto, bien por temor o porque simplemente han perdido la inercia de estos encuentros, casi siempre mensuales, y ahora les da pereza volver a comenzar. También en otros casos la gente se ha acomodado a la virtualidad y no ha sido posible volver a lo presencial, porque los lectores han preferido mantener este tipo de reuniones vía Zoom o Mee-

ting, perdiendo la esencia de lo que es un verdadero club de lectura como espacio común de encuentro y comunicación directa.

* Porque también se suspendieron todo tipo de actividades dirigidas a cualquier público y ahora se ven restringidas por aforos y ello supone realizarlas en lugares ajenos a las propias bibliotecas (salones de actos más amplios, por ejemplo), que también pronuncian el sentimiento de distancia entre quien realiza la propia actividad (recital, concierto, charla, conferencia, narración...) y los usuarios que siempre han sentido la cercanía y proximidad que les propiciaban las bibliotecas.

* Porque los colectivos con necesidades especiales que venían a la biblioteca para compartir momentos de lectura y experiencia y donde se sentían autónomos y libres, han dejado de acudir en algunos casos por un afán de protección por parte de las administraciones y asociaciones (absolutamente comprensible) que todavía no se ha revertido por las incesantes olas que hemos ido vadeando de manera continua en estos dos años.

* Porque los gobiernos, en general, no han sabido valorar la necesidad que nuestros usuarios tenían de bibliotecas y no se ha protocolizado, de manera homogénea, el uso de estos servicios que se ha demostrado que resultan esenciales, dejando las decisiones sobre su utilización y apertura a lo que el



Artículo

político municipal ha comprendido que era necesario en cada momento, lo que ha supuesto en ocasiones cierres innecesarios o restricciones de servicios demasiado extremas.

* Y porque, finalmente, los propios profesionales de las bibliotecas se han desgastado durante este tiempo intentado convertir sus servicios eminentemente presenciales en virtuales durante toda la pandemia, inventando actividades y servicios que ofrecer a distancia con el fin de seguir cubriendo las necesidades de lectura, educación y ocio de la población, teniendo en cuenta que los medios eran escasos y la cultura de la virtualidad en el mundo de las bibliotecas, nulo. El extra de trabajo que todo ello ha supuesto y que no se ha visto ni

reconocido, ni en muchos casos ni siquiera conocido, por los políticos y administraciones pertinentes, ha hecho que algunos profesionales caigan en momentos depresivos y crisis de ansiedad que han repercutido en los servicios. Por no hablar de aquellos contratos que finalizaron en estos meses de pandemia y no se han renovado porque no se ha considerado necesario obligando a cerrar las puertas de muchas bibliotecas bien de manera intermitente o incluso definitiva.

Este virus se ha regodeado educándonos en la cultura de la soledad y el encierro, y eso ha perjudicado y mucho a nuestras bibliotecas y ha entristecido a nuestros bibliotecarios y bibliotecarias que sienten cómo sus lugares de encuentro se

han convertido en espacios vacíos y con mucha menos vida de la deseada. Y además ahora nos pesa la incertidumbre del no saber cómo remontaremos esta situación, cómo volveremos a darle vida a las bibliotecas que es lo mismo que decir darle vida a los ciudadanos que acuden a ellas. Todo es incierto. Pero a la vez todos somos conscientes de cómo está limitando esta situación a los usuarios activos y potenciales de nuestras bibliotecas y a veces nos olvidamos de pensar en cómo esta situación puede estar minando el número de experiencias bibliotecarias necesarias para el desarrollo psicosocial de los niños, adolescentes, adultos y mayores de nuestras poblaciones.

El panorama no es demasiado ha-



Artículo

lagüño y las buenas vibraciones que genera una biblioteca llena de público se han perdido (o al menos difuminado) por la poca asistencia del mismo, pero tengo claro que los verdaderos bibliotecarios y bibliotecarias somos una clase de personas que ante los problemas y las emociones desagradables, en lugar de desperdiciar nuestra energía en reacciones poco útiles y poco prácticas basadas en lamentaciones y negaciones, nos dedicamos a observar y estudiar para rehacer de nuevo nuestros servicios, acomodarlos a las nuevas necesidades y reconstruir las bibliotecas que habíamos llegado a construir hace tan poco tiempo atrás. Solo así se crece. Y se construye. Porque si hay instituciones maleables y elásticas, que se acomodan a todo para dar lo mejor que tienen, esas son las bibliotecas. Y por ello

no importan los impedimentos que suponen el aforo de las salas, porque salimos al aire libre a realizar las actividades o creamos nuevos lugares de encuentro, ni nos quedamos de brazos cruzados cuando no se puede acceder a las estanterías porque creamos la prescripción lectora para que cada uno se lleve a su casa lo que verdaderamente desea, ni nos derrumbamos ante la menor asistencia a los clubs de lectura porque les ofrecemos el servicio a distancia, ni dejamos de seguir peleando porque las bibliotecas tengan vida porque sabemos que eso solo depende de nosotros mismos, de seguir creando la confianza que siempre le hemos dado a la gente para que acuda a nuestras salas, de seguir intentando ser imprescindibles en las vidas de todos los ciudadanos ofreciendo siempre un lugar en el que se

sientan atendidos, únicos e importantes. Solo así sacamos partido de nuestras emociones desagradables que nos llevan a momentos de melancolía y tristeza pero siempre con el pensamiento de que antes de perder la alegría (que luego es más difícil recuperarla) deberíamos potenciarla buscando cada día algún hecho que nos haga volver a esas buenas percepciones, y por supuesto sin olvidarnos que una sonrisa y un buen hacer, son los primeros puntos de apoyo para que nuestros usuarios vuelvan a las bibliotecas, y de un plumazo nos quiten también la tristeza con la que nos ha cubierto esta pandemia.

Porque no hay buenas bibliotecas sin bibliotecarios felices, y nunca lo seremos si no contamos con la alegría de los usuarios/as que han de acudir a ellas.

